

# AVATARES CULTURALES DE LA PROPUESTA URBANA COLOMBIANA

Arquitectura para la producción  
de los ciudadanos del Siglo XXI<sup>(1)</sup>

Por: Fernando Viviescas M.<sup>(2)</sup>  
Arquitecto  
Prof. Universidad Nacional

## 1. Introducción.

De acuerdo con los desarrollos contemporáneos, el Tercer Mundo se perfila como el protagonista de la consolidación del proceso de urbanización mundial y por tanto como el constructor de las grandes ciudades del Siglo XXI. Ello significa que los próximos decenios, especialmente en América Latina<sup>(3)</sup>, tendrá que afrontar la edificación de los conglomerados humanos en condiciones económicas precarias, en contextos políticos en los que la Democracia se enfrenta a procesos sumamente complejos y en circunstancias en las cuales el avance de la tecnología de los medios de comunicación introduce a dichas urbes en un espacio de recepción ineludible de imágenes

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada a la III Conferencia Internacional sobre Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado Iberoamericano, celebrada en Guanajuato (México) del 8 al 12 de julio de 1991.

<sup>2</sup> El autor es Director del Departamento de Urbanística de la Universidad Nacional de Colombia y Director General de la Fundación FORO Nacional por Colombia, en Bogotá.

<sup>3</sup> Según cálculos de las Naciones Unidas, para el año dos mil el 72,5% de la población latinoamericana vivirá en áreas urbanas, el 57,3% se concentrará en ciudades de más de 100.000 habitantes, el 37,5% habitará en centros de más de 1.000.000 y las ciudades de más de 5.000.000 acogerán el 23,8% de la población total. (Cfr. Aguirre. Rosario (et. al.) (1989) CONVERSACIONES SOBRE LA CIUDAD DEL TERCER MUNDO. Grupo editor latinoamericano. Instituto internacional de medio ambiente y desarrollo -IIED- América Latina. Buenos Aires, Argentina. pp. 14y ss.)

y símbolos que, desde otros lares, están formando el referente cotidiano y continuo para sus ciudadanos.

En este contexto, a menos de diez años del siglo XXI y habiéndose completado quinientos de la llegada de los primeros europeos a América, a la joven ciudad contemporánea colombiana se le plantean en el terreno de la cultura interrogantes, desafíos y paradigmas de una significación impresionante, tanto para el presente como, y especialmente, para su futuro.

Se trata fundamentalmente de su misma definición como ciudad en un momento en el cual -por circunstancias estructurales que están directamente articuladas al devenir del país en el cual está inserta, y al cual ha definido en su configuración actual y para los años venideros -todo parece augurarle su desintegración o cuando menos tiende a estigmatizarla como un gran fracaso en tanto apuesta histórica.

En primer lugar, el acercamiento del mundo al año 2000 con el avance imparable de la tecnología de los medios de comunicación de masas -que les permite la consolidación de su cubrimiento total e inmediato del orbe con sus informaciones logrando, por tanto, crear la posibilidad de un modelo único de referencia al mundo- introduce a nuestras urbes actuales en un proceso de recepción ineludible de imágenes y símbolos que, siempre desde otros lares, están formando el referente cotidiano y continuo para sus también neófitos ciudadanos.

En este punto, paradójicamente, no se trataría de señalar (y/o calificar) el supuesto atraso del país para acceder a los eventuales o reales adelantos que el "mundo avanzado" habría alcanzado en el sempiternamente promocionado movimiento del progreso, sino más bien de apuntar cómo aquellos avances -al alcanzarnos e introducirnos en ellos, e impulsarnos inevitablemente hacia adelante- también desnudan nuestras debilidades y carencias. Pero no solo eso: las desafían, las sobrepasan y las estrujan creando con ello un nuevo universo de problemas que, mientras no los abogemos de manera responsable y rigurosa tienen consecuencias impredecibles pero también, y esto es lo más significativo, ineludibles.

A través de las antenas parabólicas, de la simple programación de televisión, de la radio, del cine, incluso del periódico y las revistas, pero también del computador y del fax y aun de los medios de transporte, el ciudadano de cualquiera de nuestras "grandes" ciudades, y aún de las "medianas" y "pequeñas", se ve bombardeado por imágenes en las que "otros" individuos viven de una determinada manera, la cual, y esto es uno de los aspectos más determinantes y menos evitables, nunca se muestra como OTRA manera de vivir, de relacionarse, de trabajar, etc.... sino como

La manera en la cual hay que amar, desear, pelearse y hasta destruirse, etc. Tal como lo ha planteado el crítico Martín-Barbero: "La cultura cotidiana de las mayorías, no sólo en las ciudades sino en el campo, en un país tan urbanizado como Colombia, está cada día más moldeada por las propuestas, los modelos y las ofertas culturales de los medios masivos. Por más escandaloso que suene, las mayorías latinoamericanas están accediendo a la modernidad no de la mano del libro, no siguiendo el proyecto ilustrado, sino desde los formatos y los géneros de las industrias culturales del audiovisual".<sup>(4)</sup>

Así, nuestro ciudadano quien no tiene más de sesenta años de vida en los centros urbanos, y que tras de sí, en sus ancestros, en su historia oral o escrita, no cuenta con ninguna referencia de ciudad, mucho menos de polis (veremos que la política le ha estado vedada), se ve enfrentado de manos a boca con un referente audio-visual que no solo le responde TODAS sus inquietudes inmediatas sino que aún le pretende formular las que debieran ser sus propias preguntas.

En estas circunstancias, el conciudadano colombiano contemporáneo puede estar en la sala de su casa transportado al año 2080 -por la película que la t.v. le ha estado mostrando durante una hora y media- y verse retrotraído súbitamente y sin solución de continuidad al siglo XIX, porque cuando sale de su vivienda nota que las calles de su barrio están sin pavimentar y no tienen alcantarillado. Puede sufrir el contraste, también repentino, entre mirar en el interior de su hogar los avances tecnológicos que en la guerra permiten contrarrestar los efectos de los proyectiles más avanzados con una disciplina social absoluta, y encontrar en la calle el "atraso" de nuestros medios de transporte y el desorden generalizado del tránsito. De la misma manera que ese mismo ciudadano puede encontrarse, una mañana cualquiera, desplazado de su puesto de mensajero porque el fax no solo es más rápido que él mismo para llevar los mensajes sino más seguro.

Con solo cambiar de mirada de la pantalla hacia un poco más allá del aparato, el colombiano puede estar transportándose siglos. En cuál de los dos polos se afina para construir la identidad cultural de la ciudad colombiana contemporánea? En cuál toma aliento para enfrentar la existencia tanto en el campo material como en el simbólico, el expresivo, el creativo? A mi juicio, aquí se presenta el gran dilema cultural del nuevo ciudadano colombiano (y, agregaría, del latinoamericano).

---

<sup>4</sup> Cfr., Martín-Barbero, Jesús (1990) "Medios de comunicación y procesos de cultura". En Gaviria Trujillo, César (et.al.) FORO SOBRE CULTURA Y CONSTITUYENTE, Instituto colombiano de cultura -COLCULTURA-, Bogotá. pp. 35-42

En efecto, las imágenes que ve en las pantallas, o en las fotografías, para él no pasarán nunca de ser imágenes aunque lo que presentan o representan sea real y por tanto el deseo por lo mismo sea legítimo; la realidad. La realidad, en cambio, que para él es tangible, física, material, siempre está rodeada del hábito de la contingente, de lo superable, de lo no fijo: en tanto la vida cotidiana está caracterizada por la carencia, como en el caso colombiano para la mayoría de sus habitantes, la realidad se vive como algo que hay que superar y por tanto se le percibe siempre desde la huida, el abandono, la separación, la negación. Así se completa el marco de la esquizofrenia total. Cuál ciudad se puede construir así?

La fuerza de este tipo de interrogantes es tan grande que muy posiblemente ha jugado un papel preponderante en la tendencia a desviar la consideración de la problemática cultural contemporánea de la ciudad Colombiana. En lo que sigue intentaremos hacer una crítica a esta desviación considerando lo que ocurre a este nivel en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo.

## **2. El patrimonio construido en Colombia: Sus verdaderas dimensión y significado.**

Dentro del ámbito del pensar la arquitectura que se ha estado configurando en Colombia en los últimos años se ha ido fortaleciendo una idea que pretende relacionar la problemática cultural de la ciudad únicamente con el concepto de patrimonio, con la concepción de legado. Se impulsa la creencia de que lo que se debe considerar en ese sentido está circunscrito a aquello que el pasado (a veces se simplifica así a la historia) ha deparado a la urbe en términos de monumentos, de edificaciones y aún de espacios que tuvieron su construcción hace muchos años (la validez y vigencia de tales "herencias" esencialmente se miden por la edad que tengan) y que han sido considerados como los elementos distintivos de lo que se denomina en la jerga al uso "nuestro Patrimonio Cultural Arquitectónico y Urbanístico"<sup>(5)</sup>.

Al margen de la aparente simplicidad de la argumentación es importante considerarla porque dentro del desarrollo histórico del pensamiento arquitectónico colombiano su aparición -que puede ubicarse dentro de las décadas del setenta y del ochenta- marca el inicio de la crítica al desafortado

---

<sup>5</sup> Por fortuna, la superación de esta concepción ya ha sido iniciada recientemente por algunos sectores sociales y disciplinares. Allí resalta la labor que durante los últimos años ha venido desarrollando el Instituto Colombiano de Cultura COLCULTURA, tratando de retrotraer las investigaciones arquitectónicas hacia fundamentaciones relacionadas con el desarrollo contemporáneo de nuestras ciudades y arquitectura. (Cfr. Salazar, José (et.al.) (1990) POLITICA CULTURAL PARA LOS CENTROS HISTORICOS Y EL PATRIMONIO INMUEBLE, Instituto Colombiano de Cultura -COLCULTURA-, Bogotá.)

movimiento de destrucción, edificación, vuelva a derrumbar y vuelva a edificar que venía caracterizando el qué hacer profesional de la arquitectura desde mediados de la década del treinta y que amparado en una constreñida interpretación del progreso y en una estrechísima conceptualización de la disciplina había guiado el desarrollo de la configuración de nuestra ciudad contemporánea.

En primer lugar, por paradójico que pueda parecerlo ahora, la percepción de la existencia de algunas edificaciones, poblaciones y tipologías que provenían del siglo pasado, y aún de las primeras dos o tres décadas del XX, y la aceptación de que ellas poseían algún valor estético conformaron la combinación inicial que llevó a los arquitectos a elevar las primeras dudas con respecto a la validez de lo que durante los años cincuenta, y especialmente los sesenta, se estaba erigiendo de manera profusa en nuestros centros urbanos y a cuestionar el proceso de arrasamiento que se venía desarrollando y que llevó a la ruina, todavía no sabemos si irreparable, a ciudades enteras.

En segundo término, la aparición de la reivindicación del valor del pasado hizo que la actitud de los sectores dominantes colombianos -que materializaban su idea de progreso en un compulsivo construir edificaciones sobre las ruinas que había dejado el angustioso proceder de las masas colombianas en Abril de 1984- encontrara un contestatario en la formulación de una posición que reconocía que antes de que llegaran los "bulldozer" y los "caterpillar" algo se había hecho en el país y que los empresarios constructores de entonces no eran los primeros edificadores ni -como se ha ido haciendo cada vez más evidente- los más lúcidos en términos de proponer una calidad edilicia ni en buscar una cualificación del Hábitat para la sociedad colombiana.

La lucha que se planteó no fue fácil -sigue siendo muy difícil- pues los adalides de la destrucción desplegaron su poderío económico y político contra la idea de que el patrimonio pudiera tener una aceptación que no fuera "contante y sonante" y al final hicieron prevalecer su concepción de desarrollo urbano que aunque se extendió por todo el país pueda estar muy bien representado en obras como el triste pero innegable viaducto del eventual Tren Metropolitano de Medellín<sup>6</sup>.

Tampoco la violencia fue excluida de la guerra que se desató contra la simple idea de que los pueblos requirían de hitos históricos significativos emplazados en su ámbito espacial y que ellos habían de ser respetados y preservados como paradigmas de identificación y como mojones

---

<sup>6</sup> Para tener una mirada más detallada de este proceso, ver: Viviescas Monsalve, Fernando (1989) "Medellín Del Terror a la Ciudad". En GACETA No.4, Revista de COLCULTURA, Bogotá. pp. 24-26

fundacionales de una cultura. Durante las décadas del sesenta y del setenta las noches de las ciudades colombianas fueron testigos de muchos “incendios accidentales” que desaparecieron verdaderas joyas de arquitectura y urbanismo, cuando sobre ellas se centraba el interés de la ciudadanía buscando su consideración como “patrimonio cultural”.

En estas condiciones, no es exagerado afirmar que éste pensar en la construcción de la arquitectura y el urbanismo antiguos y el identificar la necesidad de su investigación tienen una enorme importancia histórica: fueron lo que llevó a los arquitectos a dar en el plano teórico el paso más trascendental que se conozca en la historia de la Arquitectura en Colombia, pues de alguna manera los ubicó en la discusión que el mundo había entronizado en otros lares entre Modernidad y Posmodernidad con lo cual se abrió la pregunta sobre qué era o qué había sido de la misma Arquitectura durante el período precedente.

La discusión, luego la investigación y más recientemente la formulación teórica colombiana devienen, en más de un sentido, como sucedáneos de la idea que llevó a pensar que lo antiguo tenía algún valor significativo para el devenir de Colombia como Nación y de la ciudad como propuesta espacial y creación arquitectónica.

De allí surgió clara, y empezó a socializarse, la idea de que la arquitectura no era meramente la construcción de edificaciones y que la ciudad no podía reducirse a la configuración de un entramado vial rodeado por edificios que se sucedían unos a otros como simples soportes de un dominio económico. Que la ciudad era una dimensión existencial para un conglomerado social que como tal tenía en ella no solamente un albergue para su proceder funcional sino el máximo continente para desarrollar su capacidad creativa en los campos de la expresión social, política, y sobre todo, cultural. Que, por tanto, la construcción de la ciudad exigía un proyecto histórico y programático que no se agotaba en la burocrática formulación de planes urbanísticos y de desarrollos de planos arquitectónicos y constructivos.

No obstante lo anterior, en este punto debemos señalar que -con toda la trascendencia que sobre la reflexión arquitectónica tuvieron los avances producidos por este volver la mirada crítica sobre los legados edilicios ancestrales, y que hemos descrito tan someramente- su segunda aportación significativa consistió en que permitió descubrir la verdadera dimensión de ese patrimonio y la incidencia real que tenía sobre la construcción del hábitat que hemos estado construyendo en Colombia durante los últimos setenta años.

En efecto, un aspecto que se fue evidenciando con estas indagaciones -fundamental para la arquitectura y el urbanismo y que en el desarrollo,

decantación y depuración de la investigación se ha ido consolidando como una realidad de nuestro devenir- *fue lo incipiente, lo débil de nuestro ancestro arquitectónico y urbanístico*. En efecto, a diferencia de algunos centros urbanos latinoamericanos, las ciudades colombianas no poseen un Centro Histórico ni un patrimonio arquitectónico y urbanístico de proporciones que hubiesen tenido una incidencia y un peso significativos en la conformación de la versión actual de su estructura y de su morfología. Su patrimonio construido no está ligado al pasado precolombino, como en el caso de México, y en general, exceptuando a Cartagena y a Popayán -que están marcadas por el legado colonial-, nuestras herencias urbanas son muy puntuales (el llamado "centro histórico" de Bogotá), muy pocas, muy pequeñas, localizadas en lugares generalmente marginales a los desarrollos estructurales contemporáneos (Villa de Leyva, Girón, Mompox, Santa Fe de Antioquia) o son muy recientes (los "centros históricos de ciudades como Medellín, Cali y Barranquilla).

Como consecuencia, cada vez fue siendo más contundente la constatación de que la ciudad contemporánea -la que tenemos y que iremos consolidando ineludiblemente hacia el futuro- tiene su fundamento, más que en una continuación, en un rompimiento total con la formulación espacial y estructural que se materializaba en las aldeas que existían en Colombia hasta antes de 1930.

Otro de los elementos que quedó al descubierto fue que la ciudad que se estaba construyendo atropelladamente no tenía ningún fundamento arquitectónico pues le faltaba la configuración de un proyecto, más que



planificador, cultural; quedó claro que nunca se había abocado como un propósito colectivo de construcción de un espacio que permitiera la consolidación de un lenguaje identificador, aglutinante y compactador de la nueva formación histórica que iba siendo el resultado más tangible de las transformaciones sociales y antropológicas que el desarrollo demográfico (crecimiento poblacional y proceso de urbanización) estaba configurando.

Como ocurre tantas veces en la indagación histórica, el ir al pasado obligados por la búsqueda de explicación al presente nos vuelve a traer al ahora con una nueva dimensión del tiempo actual.

### **3. La ciudad contemporánea colombiana: una urbe en busca de soportes culturales.**

En este debate nos encontramos de manos a boca, en los últimos años de la década pasada, con que teníamos construida una urbe cuyos parámetros y dimensiones vivenciales y culturales no habían sido formuladas jamás, pero que albergaba -de manera irreversible- el vivir de millones de colombianos hacia el futuro.

En el transcurso del tiempo que se invirtió en buscarle sentido cultural a las edificaciones y morfologías ancestrales se fue consolidando la construcción de una ciudad que en sus soportes ambientales era meramente el resultado, por un lado, de la acción de un capitalismo hirsuto -inculto, sin interés por proponerse una identidad de liderazgo intelectual, sin capacidad de conformación de un proyecto económico ni de una propuesta ética -cuyo único impulso lo constituía el afán por la ocupación física y la apropiación inmediata de la plusvalía que el terreno urbano iba produciendo en nuestros conglomerados; por otro, de la actitud mercantilista de la mayoría de los profesionales de la arquitectura que en su afán por sacar los mayores -y sobre todo los más rápidos- réditos comerciales al requerimiento de la edificación de la nueva espacialidad ignoraron el compromiso ético, estético y cultural con su disciplina y dejaron esa erección de estructuras sin un sustento intelectual.

Desde otra perspectiva, era también la consecuencia de la postura cínica de una izquierda política que, circunscrita a la mera reacción contestataria, nunca configuró alternativas de propuesta urbana pues su inopia intelectual le impidió conformar los campos de identificación y análisis para la interpretación moderna de la nueva realidad espacial y cultural que se venía consolidando y permaneció, en una actitud obsoleta y miserabilista, a la espera de que el empeoramiento de las condiciones de vida de los ciudadanos hiciera lo que su incapacidad propositiva no lograba concebir; y, finalmente, de la ocupación desesperada y angustiosa de una inmensa cantidad de población que obligada por los efectos de una continua e

implacable violencia política y económica ha tenido que ir ocupando, construyendo y habitando nuestras ciudades acosada por limitaciones y carencias de todo tipo, sin posibilidades de detenerse a formular una reflexión prospectiva y enfrentada a un vacío de perspectivas referenciales que marquen un norte, donde su participación activa sea considerada elemento consustancial a la formación de un sentido y una simbología de esa espacialidad que la irá a albergar ya hacia el siglo XXI<sup>7</sup>.

Durante los últimos cincuenta años -que son aquellos en los que se ha construido la ciudad contemporánea colombiana, por lo demás, la única que ha consolidado este país -se construyó una urbe que en términos de su relación con la cultura era (es) absolutamente inédita: una ciudad ajena. *En otras palabras, ni la cultura en general ni la cultura ciudadana han hecho parte de su formulación ni de su configuración. Ha sido hasta ahora la Ciudad del Estado de Sitio.*

Es una ciudad sin vínculos estructurales con el pasado histórico y sobre todo sin ninguna valoración por el mismo. Una ciudad que por las circunstancias ya mencionadas tampoco articuló ninguna consideración cultural a su construcción presente. Finalmente, es una ciudad que en su incapacidad de detenerse a mirar lo que está haciendo, tampoco ha sido capaz de generar un mirada avisora hacia el futuro: No ha conformado un proyecto cultural para el porvenir y esa orfandad de perspectivas incluye la ausencia de un propósito arquitectónico y urbanístico; hacia adelante se sigue viendo sólo como un erigir de estructuras, de materiales, de calles, sin que todavía se le proponga ningún contenido ético ni estético.

Desde luego, este exotismo de la ciudad colombiana, en el sentido de surgir y consolidarse sin ninguna relación con la cultura, es concomitante con otro tipo de carencias, ya que nuestra ciudad contemporánea no nace ni se configura como resultado, por ejemplo, de propósitos económicos: en este sentido es más bien un producto obviamente necesario pero accidental. El capital nunca se ha comprometido con el desarrollo de una propuesta urbana decidida y fuerte, como lo puede demostrar la permanencia de la sempiterna estrechez del mercado interno. La misma región cafetera con sus ciudades (ninguna de las cuales ha podido pasar de ser considerada "intermedia") se puede mostrar como un ejemplo de la falta de compromiso

---

<sup>7</sup> He intentado una reflexión sistemática de este problema en un libro anterior. Cfr. Viviescas Monsalve, Fernando (1989) URBANIZACION Y CIUDAD EN COLOMBIA. Ediciones Foro Nacional, Bogotá. También, en relación con los procesos de los asentamientos de los sectores más populosos puede verse: Viviescas, Fernando (et.al.) (1989) LA CALIDAD ESPACIAL URBANA DE LOS BARRIOS PARA SECTORES DE BAJOS INGRESOS EN MEDELLIN. Universidad Nacional de Colombia (Seccional Medellín), Centro de estudios del Habitat Popular (CEHAP), Medellín.

de la dirigencia empresarial con la construcción de un ámbito urbano moderno. Para no hablar de Barrancabermeja o de Paz del Río y para no traer a colación lo que tiene que ver con las llamadas “ciudades grandes”, donde con más detalle se puede detectar la singularidad de la relación: La ciudad considerada única y exclusivamente como una mina de plusvalía.

Mirando hacia atrás, la historiografía muestra cómo la proliferación de aglomerados urbanos, que dio pie para la denominación de Colombia como un “país de ciudades”, fue un resultado más o menos accidental (quina, tabaco, sombreros, café) de los avatares y desorientaciones económicas de los siglos XVIII y XIX tanto como el acomodamiento estructural de la economía en el siglo que está por terminarse. Todo este movimiento se da sin que el capital tenga una responsabilidad racionalizada y planificada en la formulación de un propósito global. En estas circunstancias, y oteando el futuro, podemos escandalizarnos mas no sorprendernos por los niveles de irracionalidad y criminalidad que han alcanzado la improvisación económica y su arrogante actitud de ganarse como sea un reconocimiento social, evidenciados ahora cuando las grandes avalanchas de capital que las nuevas formas de enriquecimiento han producido pretenden tomarse los centros ya formados, validas simplemente de una hiperbólica utilización de los métodos que no pocas veces el dinero ha utilizado en Colombia para entronizarse: La violencia, la intolerancia y la inconciencia de un compromiso ético.

De otro lado, en el ámbito de la política es donde se nota con más claridad la ausencia de un compromiso de los “sectores dirigentes” con la formulación de una cultura de ciudad, pues nuestro Estado -y dentro de él con mayor ignorancia los partidos políticos- en el afán por consolidar su poder en la mayor provincia que tiene el país, que es Bogotá, ha pretendido mantener los centros urbanos regionales alejados no sólo de formulaciones políticas sino de perspectivas referenciales de formas y espacios de existencia modernos. Sus caciques y gamonales permanecen -tanto como los dominantes económicos- no sólo ajenos sino reacios a aceptar cualquier acción renovadora en las formulaciones de propuestas democráticas de participación y de proposición de acciones y construcciones acordes con la consolidación de una nueva espacialidad.

Esto tiene antecedentes muy concretos y significativos. El espectro político colombiano, consciente o inconscientemente, ha impedido que en el país se construya proyectos de ciudad y en ese espectro se ha apoyado todo el sistema para evitar un desarrollq urbano relativamente moderno. En efecto, los colombianos: gremios, disciplinas, profesionales y dirigentes abandonaron muy rápidamente la tarea de dotar a la ciudad en ciernes de un norte cultural y político. Más aún, no tuvieron el menor interés en dotarla de algún objetivo o sustento que fuera más allá de explotar su rendimiento económico.

De alguna manera los sectores dominantes del país, que son quienes tienen la responsabilidad de propiciar la dotación de estos elementos fundadores, no han tenido la capacidad intelectual, ni la cultural, para forjar ese norte y solo han visto la ciudad como una unidad físico-espacial para acompasar al país al desarrollo capitalista, sin pensarla nunca como ámbito de realización colectiva, de identidad nacional, de contexto de simbología y de expresión de la nueva ciudadanía. Tampoco la han enfrentado así los sectores contestatarios que se conformaron en el país.

En estas condiciones nuestro desarrollo urbano se hizo marcado por el establecimiento de un gran divorcio entre el desempeño del ser ciudadano como tal y la concepción, apropiación y definición del espacio público. Entendiendo este no solo en el sentido físico sino en el expresivo, en el político y por supuesto en el cultural<sup>6</sup>.

A lo anterior habría que agregar el sino de insularidad que ha acompañado nuestro devenir histórico. El haber destruido desde el principio los sustentos de nuestra cultura indígena y el encerramiento del país, que impidió generar atractivos para la inmigración, como en Brasil o en la misma Venezuela, nos han privado de elementos con los cuales desarrollar la cultura del reconocimiento del otro, de la tolerancia, de la aceptación de la formulación y desarrollo del "otro punto de vista", del atender a la otra interpretación, del mirar desde el otro contexto. Todo lo cual nos ha dejado a los colombianos sin poder desarrollar una actitud de confrontación civilizada, de crítica, de generar diversidad en la escogencia y por lo tanto sin que estos elementos, que son de la esencia de la propuesta de la polis, hayan podido agenciar un desarrollo de la ciudad colombiana como proyecto cultural.

Con excepción de los canales y vías que abrió en su momento más promocionado el narcotráfico (que van a tener sus efectos, conflictivos, más adelante) seguimos siendo un país mediterráneo sin capacidad de abrirse responsablemente hacia afuera. No hemos sido capaces de sobrepasar ni el mar ni la selva y permanecemos enconchados, lejanos, distantes del mundo, a pesar del avance de la tecnología comunicativa.

La confluencia de estas ausencias, incapacidades e ignorancias ha impedido que nuestras jóvenes ciudades se hayan propuesto una relación positiva con la cultura en general y con la cultura urbana en particular. No han tenido un norte programático que las guíe en su trasegar histórico

---

<sup>6</sup> Esto es fundamentalmente pues "Solo la educación (paideia) de los ciudadanos como tales puede dar un contenido verdadero y auténtico al "espacio público". Pero esa peideia (...) significa en primer lugar y ante todo cobrar conciencia del hecho de que la polis somos también nosotros y que su destino depende también de nuestra reflexión, de nuestro comportamiento y de nuestras decisiones; en otras palabras, es participación en la vida política". (Cfr. Castoriadis Cornelius (1988) LOS DOMINIOS DEL HOMBRE: LAS ENCRUCIJADAS DEL LABERINTO. Gedisa editorial, Barcelona, España. pp.123).



contemporáneo. Nuestra ciudad ha tenido que edificarse sin el impulso de una pretensión económica y cultural que, sustentada en un pasado magnificante y conservado, hubiese enfrentado la modernidad de una manera creativa, aunque posiblemente insuficiente, como hicieron los Mexicanos. Sin que, impelida por un proyecto económico-ideológico, hubiera abocado el problema de construir la ciudad Moderna en el Tercer Mundo como si lo enfrentó el Brasil a mediados del siglo, aunque eso hubiese producido algo tan discutible y discutido pero tan presente como Brasilia. Y sin que, mirando más hacia atrás, el país movido por una afán fundamentalmente político y cultural, se hubiese propuesto copiar las grandes capitales europeas como si lo hicieron en Buenos Aires o en Montevideo y aún en Santiago de Chile<sup>9</sup>.

En este sentido lo que caracteriza la propuesta de ciudad que ha ido configurando nuestro país es el gran contraste existente entre su extensión, su diversidad de localización, su variabilidad formal, su capacidad para albergar la mayoría de la población y su debilidad programática, su astenia política y su atraso en la concepción de lo urbano que la mantiene aferrada a la idea aldeana de ciudad; entre su potencia física y material y su incapacidad de transformación en la ideología y en las costumbres y, como resultado de todo esto, su falta de creatividad en la propuesta espacial y edilicia.

---

<sup>9</sup> Una excelente referencia para examinar estas diferencias que he mencionado la constituye un libro de reciente aparición, en el que se recogen artículos de varios arquitectos latinoamericanos. (Cfr., Toca, Antonio (Ed.) (1990) NUEVA ARQUITECTURA EN AMERICA LATINA: PRESENTE Y FUTURO. Ediciones G. Gili/Mexico).

#### 4. El silencio de la Arquitectura frente a la nueva ciudad.

Es en este punto donde surge con toda su dimensión la gran ausencia de la arquitectura en el compromiso de construir esa ciudad.

Porque a todas las carencias históricas y estructurales que hemos enunciado hemos de agregar que esta ciudad nunca ha sido pensada por la arquitectura; ni adentro del país por quienes están en la disciplina ni afuera por aquellos que dominan el marco del desarrollo teórico, metodológico y temático que ha tenido la arquitectura a nivel mundial<sup>(10)</sup>.

En otros sitios hemos tenido oportunidad de explicar como y por qué la profesión arquitectónica en Colombia ha sido capaz de mantenerse alejada de la formulación de propósitos éticos, estéticos y programáticos con respecto a su ciudad<sup>(11)</sup>. Aquí señalaremos rápidamente cómo tampoco a nivel del desarrollo universal del pensamiento de la arquitectura puede

---

<sup>10</sup> De una manera que extiende el problema a toda Latinoamérica, y poniendo de presente de parte nuestra la necesidad de examinar críticamente el molesto tono de queja que recorre la formulación, un ensayista contemporáneo ha expuesto el asunto así: "Tradicionalmente negada, sometida a un profunda dependencia de Europa, poco conocida y menospreciada, la arquitectura de América Latina no tiene una presencia importante en el desarrollo del panorama mundial y aún la posibilidad de su existencia como fenómeno conjunto, con características que permitieran calificarla como una corriente, ha sido cuestionada". Y sigue, más adelante: "Después de que el funcionalismo internacionalista fracasó -por su pretensión de ser la panacea universal para la arquitectura moderna- y ante la cínica imposición de los productos más triviales y socialmente irresponsables de los recientes ismos, que se difunden en muchas revistas y libros; las valiosas y numerosas experiencias en arquitectura que se realizan actualmente en América Latina, son particularmente importantes. Sin embargo, estas aportaciones son prácticamente desconocidas, fuera de un reducido círculo de influencia". (Cfr., Toca, Antonio (Ed.), especialmente, la Presentación, pp. 7-8. (El resaltado es mio).)

Lo mismo se reconoce desde Europa, donde empiezan a surgir intentos por ampliar el ámbito crítico de la Arquitectura: "La apolitización de la arquitectura que la ideología posmoderna impuso, junto a los hábitos de corrupción administrativa de los que se ha alimentado, fue una de sus características reaccionarias. Hoy esa politización nos llega de un eje negativamente privilegiado en la política económica del planeta: el Tercer Mundo, y de un país como Brasil, que se distingue por su riqueza artística y una larga tradición arquitectónica que la metrópolis colonial europea hasta ahora sólo ha sabido desperdiciar.

"La incorporación de los dilemas y de las creaciones del Tercer Mundo y de América Latina en particular es una tarea insoslayable en cualquier planteamiento cultural europeo que pretenda una auténtica dimensión reflexiva y crítica". Cfr. Subirats, Eduardo (1990) "Antiarquitecturas". En Revista *Letra Internacional* No. 17, Madrid, España. pp.17-18.

<sup>11</sup> Cfr. Viviescas, Fernando (1990) "Estado de desarrollo y de inserción social de la Arquitectura en Colombia". En LA CONFORMACION DE COMUNIDADES CIENTIFICAS EN COLOMBIA, Vol.3, Tomo II, Ministerio de Educación Nacional (MEN), Departamento Nacional de Planeación (DPN), Fondo Nacional de Proyectos de Desarrollo (FONADE) y Misión de Ciencia y Tecnología. Bogotá, Colombia. pp. 1133-1290.

encontrarse ahora una guía con respecto al deber ser o al ser propiamente dicho de la ciudad colombiana.

La última gran apuesta que proviniendo de la arquitectura se formuló con respecto a la ciudad fue la planteada por el proyecto Moderno, en el periódico de entreguerras europeo, y esa propuesta dejó por fuera toda formulación socioespacial que no estuviera directamente involucrada en el desarrollo del capitalismo avanzado. Como se comprenderá, a pesar de su limitación temática, pues al circunscribirse básicamente a Europa y Norteamérica dejaba por fuera al Oriente, al continente Africano y a Centro y Sur América, se constituye en la formulación referente dado el carácter dominante del orden económico que de alguna manera la sustentaba.

Esa restricción es la responsable de que en términos de la reflexión sobre los centros de aglomeración poblacional, desde su formulación, la propuesta moderna hubiese quedado corta, no sólo con relación al volumen de habitantes que hacia adelante irían a configurar las mayores urbes jamás pensadas sino con respecto a las características de formas de vida y de formulación de modos de ciudadanía que el llamado Tercer Mundo iría configurando hacia el futuro. Desde aquella perspectiva fueron impensables centros como el Cairo, Nueva Delhi y, obviamente, las ciudades latinoamericanas, incluida nuestra urbe colombiana<sup>(12)</sup>.

Fueron impensables incluso para mentes avisoras e inteligentes como las de Le Corbusier que sólo alcanzó a imaginarse la urbe del futuro en la llamada "Ciudad de los 3'000.000 de habitantes" (1922)<sup>(13)</sup> que apenas era

---

<sup>12</sup> Con lo cual quedó por fuera de la constitución reflexiva de la arquitectura el ámbito urbano del Tercer Mundo, que llegaría a ser infinitamente mayor que lo que pudieran haber imaginado los ideólogos del Movimiento Moderno y, desde luego, tremendamente más complejo en lo que respecta a los elementos cualitativos de su configuración espacial, esto es, a la pregunta que tiene que hacerse la arquitectura: "Entre 1950 y el año 2000, las ciudades con poblaciones de más de cinco millones de habitantes se multiplicaron por 45 (pasaron de 1 a 45) en los países en desarrollo, mientras que en los industrializados el número apenas se triplicó (pasó de 5 a 15). Si se consideran las aglomeraciones de más de 10 millones de habitantes se encuentra que hacia el año dos mil, 17 de ellas estarán localizadas en África, Asia y Latinoamérica. En esta última región, la población urbana llegará a ser el 75% del total, con conglomerados de 25 millones de ciudadanos en Ciudad de México y Sao Paulo. En esas enormes concentraciones urbanas del Tercer Mundo, el 50% de la población vive en zonas tuguriales, 25% no tiene acceso al agua potable, 40% reside en zonas sin alcantarillado y en ellas el 30% de los desechos se quedan sin recoger". (Cfr., "The culture and political economy of urban spaces", en INTERNATIONAL SOCIAL SCIENCE JOURNAL No.125, agosto de 1990, Oxford y New York, pp. 265).

<sup>13</sup> "Una ciudad contemporánea de tres millones de habitantes: Procediendo como el técnico en su laboratorio, dejo de lado los casos específicos; aparto todos los accidentes; me preparo un terreno ideal. El objetivo no consistía en vencer situaciones preexistentes, sino llegar con la construcción de un edificio teórico riguroso, a formular principios fundametnales del urbanismo moderno... Contemplar luego el caso específico, esto es, cualquier caso -París, Londres, Berlín, Nueva York, o un villorio minúsculo- es ser dueño, si se parte de conocimientos cabales, de dar una dirección a la batalla que va a iniciarse". (Cfr. Le Corbusier (1971) LA CIUDAD DEL FUTURO, Ediciones Infinito, Buenos Aires, Argentina. pp.99-100).

una variante de cualquier utopía Europea; que para construir a Chandigarh pensaba que no tenía que desplazarse de su oficina en París<sup>(14)</sup> y que en Bogotá diseñó un plan pensando que “esa ciudad alcanzaría el 1'500.000 habitantes hacia finales del siglo XX”. Y eso que se trataba del más comprometido y más avanzado de los arquitectos modernos y, además, quizás el único que se aventuró a indagar por fuera del ámbito seguro y asegurador del capitalismo avanzado, para buscar en el tercer mundo la posible polenta de una propuesta verdaderamente nueva.

Que era una propuesta formulada sobre bases extrañas a los fundamentos históricos, económicos, políticos y culturales del llamado Tercer Mundo - donde estamos nosotros- quedó perfectamente visualizado en Chandigarh, en Argelia, en Montevideo y final y tristemente en Brasilia donde con la construcción perdió hasta la posibilidad de mantenerse como utopía.

Después de la Propuesta Moderna la arquitectura y el urbanismo cerraron la urna y se engolocinaron con lo que hizo y dejó de hacer la Modernidad en el mundo y con lo que hicieron y dejaron de hacer las variaciones de esa modernidad y aún sus tergiversaciones, como la del International Style. Incluso, cuando en los Estados Unidos empezaron los consejos a “aprender de todas las Vegas” que en el Mundo ha sido, y ese eco se extendió a Europa en la forma por demás extraña de pretender desconocer la historia y propender por el reimplante de formas ciudadanas y de morfologías anacrónicas, incluso medievales; aún en ese momento, en esas proposiciones que han copado por más de 20 años la llamada crítica internacional arquitectónica, se percibe la ausencia de los ámbitos espaciales no occidentales ni capitalistas desarrollados. El Tercer Mundo sigue sin aparecer para la reflexión de la Arquitectura<sup>(15)</sup> y por ende por fuera sigue toda la ciudad que se ha construido en este siglo, especialmente la ciudad

---

<sup>14</sup> En el momento en que a Le Corbusier le solicitaron que elaborara el plan para Chandigarh se mostró reticente, sin embargo, “Tras pensarlo mejor, cedió a la tentación de la empresa, pero cuando se le pidió que se trasladara a la India, respondió: <<Su capital puede ser construida aquí mismo; nosotros somos perfectamente capaces de hallar la solución del problema en el 35 de la Rue de Sevres>>”. (Cfr., Von Moos, Stanislaus (1978) “La política de la Mano Abierta. Notas sobre Le Corbusier y Nehru en Chandigarh”. En sust, Xavier (Ed.) LA ARQUITECTURA COMO SIMBOLO DE PODER, Tusquets Editores (Cuadernos ínfimos), Barcelona, España. pp.131).

<sup>15</sup> Por supuesto que esa ignorancia con respecto a la ciudad latinoamericana no es patrimonio únicamente de los arquitectos de fuera de este ámbito continental. Aquí en Latinoamérica poco nos hemos esforzado por crear nuestro propio pensamiento sobre esta urbe, porque, entre otras cosas, nos hemos mantenido en una actitud de copia pasiva de los rumbos que el pensamiento arquitectónico ha desarrollado en los otros lares. “Y, por supuesto, hay quienes están dispuestos a importar crisis ajenas. No porque les falten las propias, pero es que las ajenas suelen venir acompañadas de un aura de prestigio, lucen más. Las propias parecen tan vulgares, tan obvias, tan de todos los días (...) Fijese usted lo que pasa con la arquitectura; que la arquitectura está en crisis es algo fuera de duda, pero, qué crisis? (...) Esta crisis de la arquitectura en los países desarrollados es una crisis disciplinar, no profesional; superestructural, no estructural. La gente

latinoamericana (ahí está Colombia) sin merecer una mirada de la disciplina, a pesar de ser como problemática espacio-cultural la propuesta más formidable que se haya construido en los últimos sesenta años en el mundo.

La permanencia de la trasnochada idea del atraso, los fantasmas Rostowianos<sup>(16)</sup>, en las mentes de los más famosos y afamados líderes del pensamiento arquitectónico mundial, según la cual se trata de ciudades que están siguiendo el camino de los centros europeos y norteamericanos, ha impedido que se percaten de que se trata de una formulación espacial planetaria.

No hay, pues, una formulación que desde la arquitectura se haya elaborado en torno, o con relación, a la ciudad colombiana ni en el interior del país, ni desde fuera. En este sentido podemos decir que la espacialidad de esa ciudad se ha construido sin un pensamiento arquitectural y urbanístico.

## **5. Arquitectura para la producción del nuevo ciudadano.**

En este punto podemos retrotraernos al inicio de estas líneas y repensar críticamente la formulación de que la problemática de la ciudad como un bien cultural en Colombia está relacionada fundamentalmente con el pasado<sup>(17)</sup>.

Esta es nuestra hipótesis: Hoy por hoy, se trata de un rescate de la ciudad como problema cultural hacia el futuro. Más concretamente: Es imperativo

---

pobre no tiene vivienda ni otros espacios necesarios, y los arquitectos no tienen trabajo (...) Es un conjunto de crisis pobres, feas, bien desagradables de contemplar y hasta de estudiar. Además, son unas crisis cuyas bases están fuera del alcance de los arquitectos, que no sabrían qué hacer con ellas. En cambio, vea usted qué bonitas crisis podemos importar del Este de los Estados Unidos o de algunos sofisticados círculos europeos". (Cfr., Waisman, Marina (1989) "Un vacío hermético. Meditaciones Inútiles acerca de la crisis". En revista ARQUITECTURA VIVA, No.8, octubre, Madrid, pp.62).

<sup>16</sup> Recuérdese: Rostow, W.W. (1967) EL PROCESO DEL CRECIMIENTO ECONOMICO, Alianza Editorial, Madrid.

<sup>17</sup> Además de los argumentos presentados hasta el momento en el análisis que traemos, y teniendo en cuenta la calidad del aporte, considero de una gran pertinencia consignar, con el mismo cuidado que tienen los autores, la siguiente reflexión: "... las ideas de <<patrimonio>> e <<identidad>> son conceptos que tienden (subrayados tienden para advertir que no es una dirección fatalmente forzosa) a defender espacios estancos, discriminatorios, inertes, se diría que apuntan, tal vez sin querer y so pretexto de afirmar una legítima diversidad, a mantener ciertas etnias y comunidades en estatus de marginalidad". Para agregar, más adelante: "Se trata, en fin, que la nueva cultura que se construye a diario nos represente a todos cada vez más ampliamente, tenga tiempo de fraguar, de consolidarse, de dejar testimonio y de interactuar con el pasado y con el futuro, sin que ese testimonio pueda ser destruido por la velocidad de la modernización, o por el sentido mercantiista de la sociedad, o por la torpeza colectiva de no vernos bien reflejados en él". (Cfr., Salmona, Rogelio y Jaramillo, Raul (1990) "El patrimonio cultural". En Gaviria Trujillo, César. FORO SOBRE CULTURA Y CONSTITUYENTE, Instituto Colombiano de Cultura - COLCULTURA, Bogotá. pp. 69-71).

completar la propuesta de ciudad investigando, redefiniendo y dotando la ya edificada de un sentido ciudadano, colectivo y creativo; en una palabra: Cultural<sup>(16)</sup>. Más allá de la importancia de la consideración tradicional se encuentra el reto ineludible de construir una relación renovada entre la ciudad y la cultura dado que el contexto en el cual ha estado y está surgiendo la urbe colombiana así lo exige.

En este contexto se configura un reto para la arquitectura de todo el mundo pero, por obvias razones, con mucha mayor responsabilidad para quienes practican y estudian la arquitectura en nuestro país, que exigirá un gran esfuerzo de tipo teórico, conceptual y metodológico pues no se trata sólo de recuperar un atraso, que ha sido fatal tanto para la arquitectura como para la ciudad y la cultura, sino además porque las circunstancias que se enfrentan permanecen inéditas para la historia y la reflexión prevaleciente en el mundo. Es un trabajo que, por lo demás, como uno de los resultados tendrá que provocar una revolución en la arquitectura como disciplina del pensamiento y como campo de realización personal y colectivo.

Como es obvio, la posibilidad de dotar a nuestra ciudad -que, como hemos insinuado, en realidad es la ciudad del siglo XXI- de un significado cultural y, portanto, convertirla en un espacio del disfrute, de la dignificación, de la re-creación existencial para el colectivo social no depende exclusivamente de la arquitectura. La sociología, la filosofía, la sicología, la antropología, la economía y los desarrollos científicos y tecnológicos tendrán que redefinirse también para atender esa pregunta ética, estética y científica que es la ciudad colombiana; pero la arquitectura, para ser consecuente con su propio evolucionar moderno, debe jugar un papel de liderazgo en un movimiento que le permita establecer relaciones de intercambio con el ámbito multidisciplinar del pensamiento, por un lado y, por el otro, del accionar participativo y dialéctico de la población.

---

<sup>16</sup> "Las ciudades son la memoria de la cultura. O más bien son los símbolos históricos de la cultura que lleva su nombre: la civilización, el orden y el cúmulo de experiencias que recorren las biografías de las ciudades... Pero la historicidad de las ciudades, esto es, la de su arquitectura y urbanismo, trazadas en el curso de la sucesión tecnológica y de la lucha cotidiana por la supervivencia humana, no solo nos transporta al pasado. El eterno viaje a través de ciudades por el que transcurren nuestras vidas, por poco nómadas que sean, también constituyen un viaje por las calles de nuestro presente, nuestros esfuerzos y valores, nuestras esperanzas y también de los conflictos de la cultura contemporánea...con mayor razón descubren a nuestra mirada el paisaje exterior de nuestra ciudad interior...ciudades plenamente modernas, como Sao Pablo y Nueva York. Aquí, ya no la piedra, sino el asfalto, el cemento, las elevadas masas de acero y vidrio, y los rastrojos urbanos que crecen en su medio, son testigos imponentes, a la vez grandiosos y sombríos, de nuestro sentir contemporáneo, y del destino que se nos encierra en sus infranqueable muros. En estas ciudades contemplamos nuestro poder y nuestro esplendor, nuestros esfuerzos y nuestros errores: la historia". (Cfr. Subirats, Eduardo (1986) LA FLOR Y EL CRISTAL / Ensayos sobre Arte y Arquitectura Modernos, Anthroposo Editorial del Hombre, Barcelona, España. pp. 286-287).

Partiendo de la base -ya explicada- de que la arquitectura se enfrenta en Colombia a una ciudad que no comporta orgánicamente un significado cultural ni para el dominio económico ni para la dirigencia política ni para el conjunto de la población, y de que la disciplina debe contribuir a fundamentar esa valoración en lo espacial sobre la base de dotarla de un lenguaje y de una materialización física que dignifiquen y potencien el continente del desarrollo social, se hace evidente la complejidad -pero también la riqueza- del problema al frente, la cual lo hace absolutamente inédito porque esta relación se impone desde nuestra disciplina de manera tardía: *Después de que la ciudad ya ha adelantado gran parte de su configuración material.*

En efecto, en Colombia nos encontramos con una ciudad que como resultado del vertiginoso desarrollo que la ha construido durante los últimos cincuenta años se halla delimitada en lo fundamental, tanto en su tamaño como en su extensión y en su ubicación en la geografía.

No se trata, pues, hacia el futuro de un problema de delineamiento y ubicación de centros urbanos: en este terreno lo que se requiere de parte de la arquitectura y del urbanismo, mas que una planificación abstracta, es la elaboración de una propuesta espacial que a su interior la integre alrededor de jerarquizaciones modernas, democráticas y colectivas que definan el espacio público; que además interprete los planteamientos regionales para darles sentido de identidad en los lugares pero que fortalezca la personalidad nacional y que aglutine el conjunto de la variabilidad de intentos espaciales.

De otro lado, pero relacionado con el punto anterior, la urbe colombiana también ha definido en gran parte lo que tiene que ver con su extensión, con su tamaño. Hacia adelante, en términos de lo demográfico no se prevén movimientos que tiendan a generar crecimientos sobre los cuales no se tenga un determinado grado de control. El tamaño poblacional parece haber alcanzado unos niveles relativamente estables y el grado de urbanización (el 70% de la población) garantiza una cierta estabilidad en lo que se refiere a la activación de movimientos migratorios.

Desde la perspectiva interior se puede ver cómo la gran mayoría de las ciudades en su construcción también han trazado ya los que pueden ser los parámetros de ubicación de sus respectivos elementos funcionales, especialmente en las más consolidadas. Los sectores administrativos, productivos, habitacionales, y dentro de estos últimos los que corresponden a los diversos segmentos sociales, son perfectamente localizables en los mapas de estos centros poblacionales. Mal que bien, tanto las líneas que han tomado los desenvolvimientos de las infraestructuras urbanas como las directrices que los enmarcan en la infinidad de planes de desarrollo que se han armado durante los últimos veinte años en gran cantidad de municipios

del país, permiten mostrar que en lo esencial allí tampoco se presentarán cambios sustanciales.

No puede sostenerse que la ciudad colombiana está totalmente consolidada o terminada. Al contrario, ella, como es evidente, está en construcción y posiblemente en un momento incipiente de su edificación, pero, en todo caso, con respecto a su consolidación histórico-cultural no se parte de cero y en lo fundamental los elementos físicos que la sustentan ya se encuentran definidos.

La mirada que desde la arquitectura impartamos ahora se encuentra al frente con unas estructuras físico-espaciales, con unas morfologías y con unas ocupaciones que en lo esencial ya están configuradas y que como tales funcionan activamente como un dato tangible ineludible del problema que pretendemos abocar.

No se trata de incidir sobre una ciudad destruida que haya que reedificar como ocurrió con los centros europeos de postguerra, lo cual llevó a generar un gran impulso a la planificación urbana (que llegó a ser considerada por Bruno Zevi como parte de la política exterior que debían emprender los Estados Unidos)<sup>(19)</sup>.

Tampoco es comparable al caso de una ciudad cuyo desarrollo morfológico y urbano hubiese agotado todas las posibilidades y que, enfrentada al devenir histórico de los elementos estructurales de su soporte socio-económico, se encuentre impelida a una reestructuración urbano-espacial, como fue la experiencia de la ciudad europea de fin del siglo XIX y principios del XX que inspiró la propuesta Moderna.

Ni tampoco, como veremos, se trata de una ciudad que por el impulso incontenible de un desarrollo económico emprendido, liderado y pensado por los sectores dirigentes del país haya que refundar para albergar ese advenimiento, como pasó con la edificación formidable de la metrópoli norteamericana en la última época de participación secular.

En más de un sentido, en los ejemplos que hemos mencionado, la proyección formal fue precedida de algún desarrollo reflexivo e intelectual; hubo una proyectación que alcanzaba a prefigurar la consolidación física. Acá es al contrario: El despertar de la pretensión de la arquitectura se encuentra al frente con un hecho construido, ya definido en sus líneas generales pero esenciales, que le impone a la arquitectura un condicionamiento que allá no tenía.

---

<sup>19</sup> Cfr. Zevi, Bruno (1983) *Town Planning as an Instrument of American Foreign Policy*. En Dean, Andrea Oppenheimer BRUNO ZEVI ON MODERN ARCHITECTURE, Rizzoli International Publications, New York.

Desde luego, en aquéllas experiencias la arquitectura no se enfrentaba a un plano vacío, a un papel en blanco (aunque muchas tendencias así lo pretendieron)<sup>(20)</sup> pero las circunstancias sociales, económicas y políticas, permitían legitimar en algún grado la actitud de que en cuanto se requiriera había la posibilidad de hacer “tabula rasa” con lo que se encontrara. Acá es al contrario: esas condiciones sociales, políticas y sobre todo económicas obligan a considerar lo ya construido como un elemento participante; considerándolo se puede hacer lo que se quiera, pero nada se puede desarrollar si no se le tiene en cuenta.

Para la arquitectura esto significa que su accionar en términos físicos, y para la utilización del mismo como “efecto de demostración”, está circunscrito a lo que se presente como proyecto y como construcción hacia el futuro y para ocupar el espacio que aún permanece vacío, con lo cual se complica la intención, pues en la perspectiva de llenar el espacio temático y cultural que ha sido abandonado anteriormente se tiene que buscar la manera de que lo nuevo no sólo funcione como paradigma sino que también se relacione con lo precedente -enriqueciéndolo-: La creación de sentido no tiene responsabilidad solamente con el porvenir sino que está comprometida con el pasado.

## **6. La emancipación de la Arquitectura: Un presupuesto de la Cultura Urbana.**

Mencionemos, adicionalmente, antes de aventurarnos a presentar más conclusiones, que para la Arquitectura se presenta otro dato condicionante de gran peso en la perspectiva de enfrentarse responsablemente a esta ciudad para dotarla de una relación con la cultura.

En efecto, el grado de consolidación física y material que la ciudad colombiana ha alcanzado no ha sido ni el producto ni el generador de una cultura de la gestión urbana. En este sentido, como ya mencionamos, contrasta el alto grado de construcción, de extensión, de consolidación de la ciudad y el enorme atraso en términos de configurar parámetros de ordenamiento de la misma. Lo que ha guiado aquel construir ha sido más bien el “dejar hacer dejar pasar” dependiendo del poder de imposición que tengan los sectores sociales o los individuos para ocupar y determinar las morfologías o los tipos de utilización sobre los distintos sectores de la ciudad, ya sea con incidencia particular o colectiva.

---

<sup>20</sup> Cfr., Lefebvre, Henry (1984) “Espacio arquitectónico, espacio urbano”. En ARQUITECTURA EN FRANCIA: MODERNISMO POSMODERNISMO, Editado por Universidad Nacional de Colombia y Banco Central Hipotecario e Instituto Francés de Arquitectura, Bogotá. pp. 40-47

De otro lado, la maraña tejida por los poderes económicos y políticos tradicionales ha impedido ostensible y obsesivamente la participación del conjunto de la ciudadanía en la dirección de los destinos de las ciudades, hasta el punto que cuestiones como la elección popular de Alcaldes y las Juntas Administradoras Locales -que aparecen como un gran avance político del país y que tienen tanta importancia en el devenir de las urbes- no solo son productos demasiados tardíos, en comparación con países aún latinoamericanos, sino que todavía no alcanzan a desprenderse de sus efectos porque no logran desatarse de la coyunda que mantienen las estructuras arcaicas de poder que basan especialmente en la violencia -aún física- su permanencia como entes decisorios “en última instancia”.

En este punto, para la arquitectura, en su intención de establecer una relación moderna con la ciudad como aporte al diseño de una cultura, se presenta una dificultad mayúscula cuya superación significa una revolución en la manera de concebirse, pues en Colombia hasta ahora se ha desarrollado con una total dependencia de los dictados de los dominios tradicionales económicos y políticos al punto que ha limitado su propio ámbito de posible acción única y exclusivamente a los espacios que esos poderes le han abierto. Se ha constituido de tal manera que no sólo no hace presencia en aquellos lugares donde el dominio del capital no es ostensible ó donde el poder político (atrasado y violento) no marca totalmente el entorno por construir, sino que ni siquiera ha logrado forjar un pensamiento, una idea, una pedagogía de cómo actuar en aquellos sectores de la ciudad que, para este momento, perfectamente cubren la mitad de las urbes colombianas. En este sentido, ni siquiera tiene cómo concebir aquellas inmensas extensiones espaciales habitadas como un problema de la misma arquitectura.

Su falta de independencia es de tal magnitud que incluso cuando se presentan las grandes transformaciones espaciales en nuestra urbe, o cuando los efectos de estas transformaciones se evidencian, o cuando se presentan acciones que van a tener consecuencias sobre la situación espacial de la ciudad, resalta estruendosamente el silencio de la arquitectura para referirse a ellos, en gran medida porque los lazos que la atan a los intereses dominantes son tan grandes que la paralizan.

Para no escandalizar más, mencionemos la inadvertencia de los arquitectos con respecto a los lugares de habitación llamados en la jerga al uso “Barrios para sectores de bajos ingresos”, anotaremos apenas dos casos. Por su mutismo podría decirse que el Tren Metropolitano de Medellín aún no aparece en la mente del pensar de la arquitectura colombiana. Dada la ignorancia que los arquitectos le han aplicado al tema, esa inmensa masa de concreto que atraviesa la ciudad -hasta ahora inútil y paralizada- es como si no existiera, es como si no se hubiese construido, como que no tuviese incidencias en la ciudad ni en su arquitectura. Al parecer está en todas partes menos en el ámbito de la arquitectura de este país.

Igual ocurre con la destrucción del Palacio de Justicia en la Plaza de Bolívar de Bogotá. A pesar de que allí muy probablemente se definió el devenir histórico de este país hacia los siglos venideros; a pesar de que aquello ocurrió en el lugar por excelencia de identidad colombiana; a pesar de que en términos de simbología en este sitio, por el enfrentamiento de los ejércitos de la intolerancia y de la prepotencia, se destruyó algo tan fundamental para la democracia como el es recinto de la Jurisprudencia; a pesar de que ello marcó, por la acción de los medios de comunicación, a varias generaciones de colombianos que vieron como un edificio, y además un edificio significativo, un edificio simbólico, era desaparecido por los morteros, las balas, las bombas y los tanques, para la arquitectura colombiana el hecho aún no ha sido registrado en su significación histórica, en su efecto simbólico y cultural ni en su proyección lingüística arquitectónica y urbanística. Para la arquitectura como disciplina responsable de la calidad y la cualificación del ámbito vivencial de la población colombiana, como disciplina responsable de la significación y el simbolismo urbano, esa destrucción aún no ha ocurrido. A lo sumo los arquitectos y constructores, callada pero segura muy acusosamente, estuvieron detrás de los concursos y las licitaciones para construir el nuevo edificio: moviéndose alrededor del nuevo negocio.

Esta capacidad de autonomía, ahora podemos decirlo, no sólo es indispensable para lograr darle a la arquitectura una identidad disciplinaria, que le permita mirarse hacia adentro y crear los campos de expresión y de creación que la ubiquen en el ámbito mundial, sino para que en la tarea de enfrentarse a la construcción de una cultura de la ciudad en Colombia pueda liderar un movimiento que en estos momentos no cuenta con elementos con los cuales activar una acción de esa naturaleza en otros campos del devenir histórico contemporáneo de nuestro país.

En efecto, como va quedando cada vez más claro en el análisis de la grave situación nacional actual, el problema más preocupante no es tanto que la ausencia de una dimensión histórica en los sectores dirigentes y su incapacidad para formularse un compromiso responsable con esa condición, tanto a nivel económico como político, hayan llevado a Colombia a la triste situación en que se encuentra ahora. El problema fundamental es que hubiesen explotado y reprimido tan irracional y desmesuradamente los recursos intelectuales y materiales con que contaba el país que no tienen con que enfrentar la crisis valorativa presente, la sin salida económica y social. Que además tampoco dejaran forjar un proyecto de país hacia el futuro.

Por trágico que parezca, el problema es que no se ve en el horizonte que los sectores llamados dirigentes -ni en el campo económico ni en el político, ni en los sectores dominantes, ni en los contestatarios- tengan alternativas fundamentadas en un compromiso con algo que por su fortaleza lidere al

país. Ni con el capital, ni con un proyecto ideológico de nación, ni con un diseño de desarrollo realmente alternativo basado y sustentado en la tolerancia, en la libertad, en un propósito colectivo, en la democracia. No queremos escandalizar diciendo que no se pueda presentar. Por fortuna, la culminación feliz del proceso político que llevó a la redacción de nuestra Nueva Constitución, presenta perspectivas que permiten mirar el futuro con unos ojos diferentes. De todas maneras se trata de un futuro a construir.

Los sectores económicos y políticos colombianos dejan al país sin referencias culturales, sin recursos políticos; en el limbo programático, en el momento en que su desarrollo exige para su ciudad un compromiso ineludible en términos de proveerla de un proyecto ético, político y social que acompañe con su desarrollo físico y la dignifique y potencie en su calidad ambiental y en su proyección cultural e intelectual.

En este sentido, la arquitectura enfrentada a nuestra ciudad como cultura no cuenta con una propuesta económica ni con un proyecto político que le señale los hitos significativos que orienten la construcción de su simbolismo, que marquen los nortes de su representación y que la unifiquen en la identificación de las estructuras que constituyan un lenguaje espacial y expresivo.

En términos de los aspectos identificativos de la ciudad colombiana contemporánea, la arquitectura se enfrenta a una manera tan caótica de jerarquizar los espacios, los edificios representativos y los elementos que singularizan las urbes como que en una de ellas la estructura más significativa puede ser un estadio; como que en otra un tren fantasma que nadie sabe cuando aparecerá, realmente ha obligado a construir un viaducto que desarticuló todo el centro destruyendo el significado de edificios y parques y cuyos efectos desestructurantes alcanzan hasta los confines más alejados de sus laderas circundantes; y como que la ciudad capital no ha sido capaz de configurar un *modus vivendi* que le dé personalidad propia -para que todos sus habitantes se sientan "sus ciudadanos" y no de "otras" regiones viviendo en "colonias"- y pueda consecuentemente comprometerse como la ciudad representativa de la nacionalidad.

## **7. A manera de conclusión.**

Las circunstancias mencionadas, la confluencia de ellas actuando al unísono y constantemente, configuran una experiencia histórica muy compleja para la arquitectura si esta disciplina está dispuesta a jugar un papel protagónico en la relación Ciudad y Cultura en nuestro país, ya que Colombia ha carecido durante el último siglo y carece hacia el futuro, de proyectos históricos nacionales en los campos de la estructura económica y en los de la superestructura política e ideológica. Aparentemente no

existen paradigmas- ni simbólico, ni expresivo, ni material que permitan la acción concreta de la proyectación y la construcción arquitectónica tradicionales en la configuración de una espacialidad referencial para la población y para su desarrollo espiritual e intelectual.

No obstante, la ciudad está allí, consolidándose de manera insoslayable, imparabile, ineludible; funcionando, claro está, para el capital pero aportando también los elementos concomitantes a la conformación de conglomerados sociales, los cuales ya han empezado a mostrar cómo la ausencia de propuestas modernas y democráticas de expresión política y cultural llevan a entronizar la violencia como única salida para asegurar la permanencia en aquéllos ámbitos urbanos.

La ciudad siguió configurandose sin un norte cultural y político pero siempre en su búsqueda. La ciudad colombiana, a diferencia de las dirigencias, nunca renunció a su responsabilidad histórica. En gran medida, la realización de la Asamblea Nacional Constituyente es un triunfo de la ciudad colombiana en su largo trasegar en búsqueda de su fundación cultural y política. Por ello quizá no exista ningún otro escenario que refleje mejor al país, a la ciudad -por la enorme variabilidad de criterios y de apuestas que mueve- que la Constituyente. Es de esperar que esta nueva fundamentación sea el inicio de la superación de los obstáculos que se han atravesado a la configuración de una apuesta por la ciudad como ente de la cultura política en nuestro país.

Unas ciudades -que siguen creciendo sin que con respecto al contexto espacial surjan, desde la arquitectura, propuestas alcanzables, realizables, que recreen un espacio- cuya habitabilidad hasta ahora ha resultado deteriorada y que, por efecto de la profundización absurda de las desigualdades económicas y sociales, tiende a permanecer en un proceso de deterioro perenne del conjunto de su espacio y especialmente de aquéllos lugares en los cuales se asienta la mayoría -la más pobre- de la población.

Agreguemos a lo anterior, para volver al principio de estas páginas, que desde otra perspectiva la arquitectura se está viendo abocada a enfrentar una situación más compleja, ya que por efectos de la difusión y penetración ideológica que alcanzan los medios de comunicación, aquél proceso de deterioro material, real, tangible del espacio de vida individual y del ámbito colectivo, se ve acompañado cotidianamente por el bombardeo de referencias espaciales, formales, ambientales de espacios de vida familiar y pública de mejor calidad alcanzado por los países desarrollados<sup>(21)</sup>.

---

<sup>21</sup>. Y este es un elemento fundamental a tener en cuenta hacia el próximo futuro pues, tal como lo plantea Subirats para el orden universal: "hoy los medios de comunicación, contribuyen a la constitución de la realidad urbana en una medida incomparablemente mayor que el arquitecto.

Esa referencia, incluso magnificante, que se está presentando como el paradigma, al no encontrar concomitancia con la realidad que les toca sufrir a inmensas masas de conciudadanos urbanos, está creando una situación angustiosa de consecuencias patológicas en nuestra población, porque además no se encuentran contra qué confrontarla, ni el desarrollo cultural ha dotado a la población de elementos con los cuales criticarla y reelaborarla.

Actualmente este es un elemento importantísimo en la configuración de las ciudades del tercer mundo en general y que condiciona tremendamente su soporte cultural. Es cierto que la desigualdad ha acompañado siempre a la formulación de la ciudad y concretamente a la capitalista, pero en ningún momento el peso, la persistencia y la continuidad del bombardeo ideológico en el accionar de los medios de comunicación había podido jugar un rol tan importante en maximizar y complejizar los conflictos de una propuesta urbana.

A nuestro parecer, el problema no es tanto el que todas esas imágenes y discursos no sean "propios" sino que con ellos y por ellos se replantea el mismo concepto de pertenencia: de dónde realmente son nuestros ciudadanos? A qué ámbito pertenecen? Cómo funciona su procedencia en el sujeto urbano y cómo lo afecta en la conformación de un "patrimonio cultural"? Así, como alguna vez Kevin Lynch preguntara: "De que tiempo es este lugar?"<sup>(22)</sup> nosotros podemos indagar ahora, en nuestras ciudades: Cuál es el lugar para el tiempo actual? Qué tiempo es el que viven los ciudadanos de países como Colombia? Qué ritmo y qué espacialidad constituyen su cultura ambiental y habitacional? Cuál es la ciudad de nuestra Modernidad?<sup>(23)</sup>.

---

"Los medios de comunicación y la televisión en particular se han convertido en los ojos, la voz y la conciencia de la ciudad contemporánea. Al mismo tiempo constituyen una de las instancias que más claramente contribuyen a conferir a esta ciudad sus dimensiones auténticamente humanas...Por eso es hoy preciso una discusión sobre posibles estrategias de representación reflexiva de la ciudad a través de los medios..." (Cfr. Subirats, Eduardo (1990) "Antiarquitecturas". En revista LETRA INTERNACIONAL, No. 17, Madrid, España. pp.71).

<sup>22</sup> Cfr.: Lynch, Kevin (1975) De qué tiempo es este lugar? (PARA UNA NUEVA DEFINICION DEL AMBIENTE) Editorial Gustavo Gili S.A., Barcelona, España.

<sup>23</sup> De alguna manera ya el mundo físiológico se encuentra inmerso en esta discusión, lo que se puede deducir de planteamientos con el siguiente:

"(...). En sentido enteramente distinto, aludir a nuestra herencia latina, me parece albergar otro significado, ni banal ni reductivo: el sentido desde el cual se puede oponer a la idea de una racionalización y modernización <<Weberiana>>, capitalista -ascético- protestante, una concepción de la modernidad menos rígida, mecánica, y en el fondo, represiva". (pp.68)

"Lo cual equivale a decir que si hay -como yo creo que lo hay- un pasaje que franquea la modernidad y que se delinea ya en la lógica misma de nuestra sociedad mediatizada, dentro de

El conjunto de circunstancias, elementos y procesos que precedentemente hemos señalado se conjugan para crearle a la Arquitectura uno de los retos más formidables en la tarea de articularse a la conformación de la ciudad renovada del siglo XXI, en un ambiente de cultura política y de cultura en general, que rescate hacia los tiempos venideros un contexto de habitabilidad urbana en que ella sea verdaderamente un elemento concomitante a esa construcción espacial.

Ciertamente y tal como lo hemos detallado, a la Arquitectura le corresponde jugar un papel protagónico en un movimiento que tendrá que concitar los esfuerzos y los intentos de toda las áreas del conocimiento y del accionar cotidiano e histórico de la ciudadanía. En cuanto el continente de esa convocatoria es el espacio urbano, y su calidad es el elemento condicionador y propiciador del despertar de todas aquéllas potencias, su rol es perfectamente definitivo. Como condición sine qua non de este papel protagónico, obviamente, aparece el requerimiento para la arquitectura de repensarse para el aquí y el ahora, y dentro de esa exigencia está necesariamente la revaloración de ciertas conceptualizaciones impelidas por los planteamientos que las nuevas ciudades están haciendo.

Una de ellas es la reconsideración de que la cultura de la ciudad está exclusivamente ligada con el pasado de las civilizaciones pues se ha constituido en un valor que, como están las circunstancias en países como Colombia, sólo se puede alcanzar renovadamente con la participación activa y comprometida de la arquitectura hacia el futuro.

---

la cual, en múltiples sentidos, el principio de realidad parece consumirse y atenuarse, tal pasaje puede asignar un papel central a aquellas culturas que, hasta ahora, han compartido menos el programa de la modernización y la empresa de racionalización rigurosa impuesta tanto a la economía como a la vida social y a la misma existencia individual. Si lo moderno estuvo guiado por las culturas anglosajonas, no podría la posmodernidad ser la época de las culturas latinas? Me hago cargo de los riesgos de este discurso, (...) Y si a estas sugerencias (...) se añade el peso que un subcontinente como la América Latina parece estar destinado a tener en la historia de nuestro futuro inmediato, todo este discurso sobre el posible acento **latino** de la posmodernidad, el que podría depararle una fortuna cercana, puede empezar a resultar mucho menos arbitrario". (Cfr. Vattimo, Gianni (1990) LA SOCIEDAD TRANSPARENTE, Paidós/I.C.E.-U.A.B. Barcelona, España. pp. 69-10 (El autor esta hablando en el Prefacio a la edición española) ).